

LA CABALLERÍA HISPANO-MARROQUÍ DERRIBA LAS MURALLAS DE HÁMARA


Una vez más el valor de unos pocos logró lo que parecía imposible: el triunfo sobre un enemigo que creía tener la victoria en la mano. Como otras veces, el desagrado de una España oficial que en tantas otras ocasiones ha olvidado a sus hijos preclaros. Aunque en esta ocasión, si bien con retraso, reconoció los méritos de sus héroes



Juan Pando Despierto

Historiador

A Julián Martínez-Simancas, sin cuyo escudo
estos ensayos no habrían visto la luz

Publicado con la colaboración de  IBERDROLA

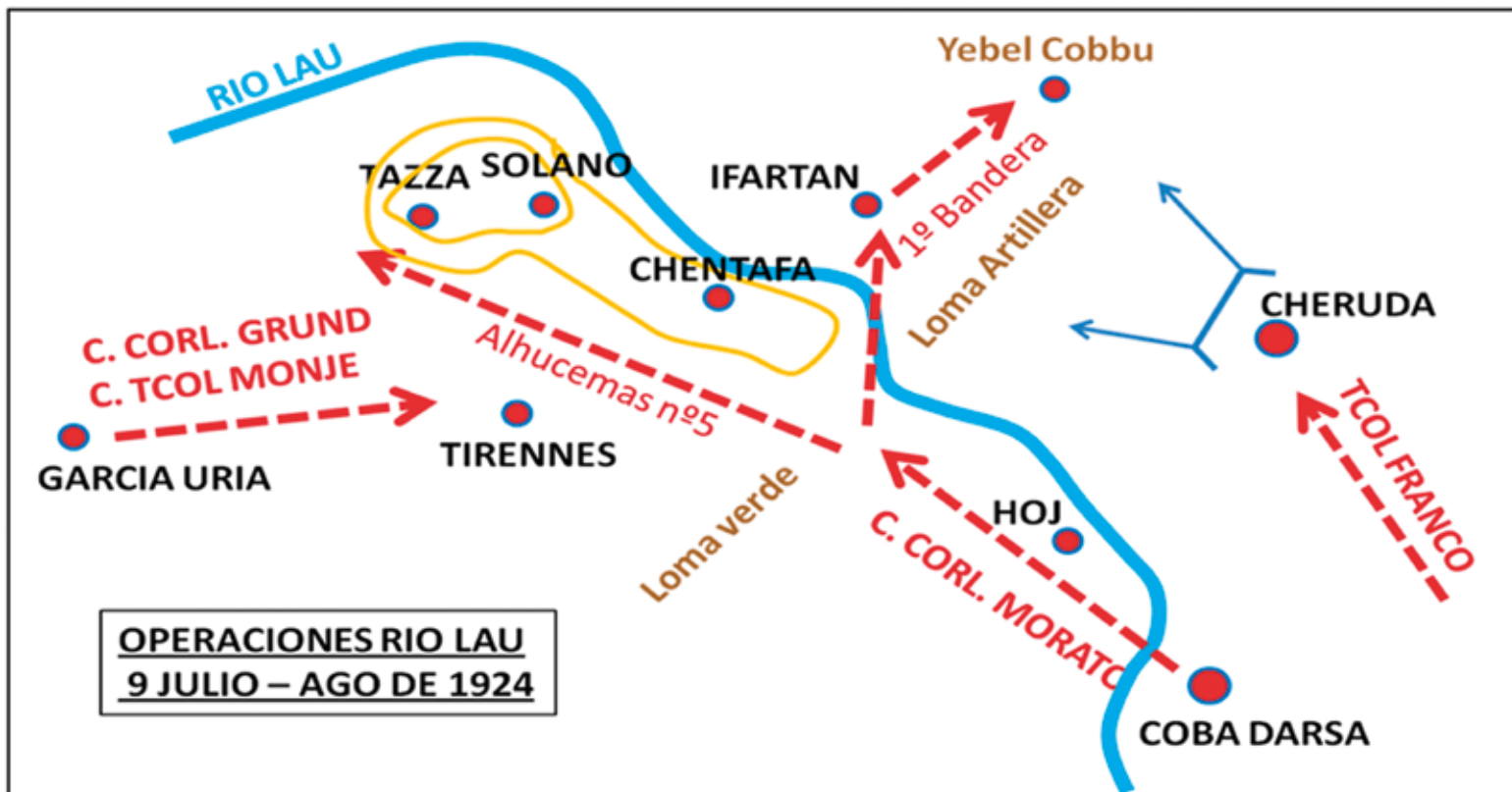
La Historia Militar aleccionadora es cuando nos muestra el triunfo de los menos sobre los más o la suficiencia de quienes se consideraron vencedores antes, incluso, de comenzar la batalla. Sin descender hasta nuestras campañas en apoyo a los Estados de la Unión del presidente James Madison en la última guerra contra el imperio británico (1812-1814) o ante las adversidades que superamos en Filipinas, Marruecos o la Rusia soviética, materia reflexiva tenemos para asumir que no siempre se impone el número sobre la voluntad; sino que el más débil en apariencia triunfa, por hacer justo lo contrario que esperaba su pasmado adversario, atrincherado en sus triunfos del ayer, no en la realidad táctica del momento, ni en la fortaleza moral, no menos cambiante.

«En circunstancias extremas es cuando las dudas exigen ser despejadas con audacia, iniciativa, fe, método y capacidad de sacrificio hasta llegar a la inmolación personal»

En circunstancias extremas es cuando las dudas exigen ser despejadas con audacia, iniciativa, fe, método y capacidad de sacrificio hasta llegar a la inmolación personal. El escenario de máximas dificultades se atiene a un marco clásico: tropas propias cercadas o en retirada y al borde de ser copadas; dislocación de las unidades; columna de heridos y enfermos que no deben ser abandonados; falta de mandos cualificados al haber muerto o hallarse desaparecidos; climatología hostil y carencia absoluta de refuerzos, ni posibilidad alguna de recibirlos. Bajo tales circunstancias, cuando todo parece perdido, surge un jefe con decisión que resume en osada maniobra: contraatacar por sorpresa. Esas fuerzas que ninguna fe en sí mismas retenían, resulta que vuelven cara, cargan y vencen. Porque quien las encabezó supo motivarlas con su lucidez y bravura. Y es el antes engreído enemigo, quien se ve dispersado, humillado y derrotado... sin encontrar explicación asumible para su estupor.

PRIMER ANIVERSARIO DEL DIRECTORIO: «ESTAMOS EN EL CAMINO DEL TRIUNFO...»

En la primera semana de agosto de 1924 a Tetuán y Madrid llegaron inquietantes avisos desde las agrestes costas y serranías de Gomara: campamentos sitiados; aguadas inviables por lo mortíferas; convoyes rechazados; relevos aniquilados bajo la superioridad numérica del enemigo. Su propósito: expulsar a los españoles de la línea del Lau, constituida por 58 posiciones, disparatada anomalía defensiva. Una tras otra



empezaron a caer: Agdoz, Cheruda, Hoj, Ifartán, Tisgarin. Unas pocas resistían afirmadas en lo inhumano (sin agua ni víveres): Abada, Chentafa, Solano. Una se salvó entera, caso de la acampada en M´Ter —27 oficiales y 748 soldados con su artillería (diez piezas) evacuados por mar el 8 de agosto—, mientras en Dar Acobba el enemigo era rechazado con dureza. Incendiada Gomara, sus llamaradas alentaron tal avalancha de codicia entre las tribus por el botín a lograr, que su nube de fuego alcanzó el Garb y lo incendió de punta a punta. Le sobró fuerza para asomar su tiznada faz sobre los riscos del Gorgues. Tetuán, avisada. El tráfico de vehículos y tropas hacia Xauen, paqueado, hostigado curva tras curva, quedó cortado.

Xauen sitiada y Tetuán bloqueada. Las columnas Queipo de Llano y Riquelme llegaron hasta Ben Karrich (a 18 km) y media vuelta dieron. El 13 de septiembre se aproximaba. *Algo hay que decir*, acuerdan los miembros del Directorio. Su presidente redacta un *Ideario para el Soldado* y un Manifiesto tranquilizador a la Nación. Al primero, recomienda: «Hacedlo bien todo, desde el cuidado de vuestra salud

a la vulgar mecánica (en lugar de “a entrenaros”) para el combate. El que deba dormir, que duerma bien y del todo (?). El que deba vigilar, que ni respire ni pestañee (¡!), en bien de la seguridad del puesto y sus camaradas»¹. A la España anhelante por la suerte que corrieran sus esposos e hijos, se le prometía: «Los francos éxitos obtenidos demuestran que estamos en el camino del triunfo, que ha de conducirnos a salvar todas las posiciones (¡!) y franquear las comunicaciones. Es cuestión de días...» Serán veintitrés meses y doce días. Hasta el 12 de agosto de 1926, con la liberación incruenta de Xauen por audaz iniciativa del comandante Osvlado Capaz Montes, guerra sin límites hubo en el Garb, Gomara y Yebala.

Sin fuerzas bastantes para sostener los 63 km hasta Tetuán, la lógica se impuso: Xauen se abandona y las tropas concentrarán sus esfuerzos en abrirse paso hasta la capital del Protectorado. Tomada la decisión (17 de noviembre), la retirada comienza. La primera etapa implica alcanzar Dar Acobba, donde los Regulares de Larache que Mola mandase ya no estaban. El 5 de octubre se habían ido. De los mil ochocientos

que fueron, 662 yacían bajo tierra o ingresados en hospitales: 14 muertos y 25 heridos entre su oficialidad;

Hasta el 12 de agosto de 1926, con la liberación incruenta de Xauen por audaz iniciativa del comandante Osvlado Capaz Montes, guerra sin límites hubo en el Garb, Gomara y Yebala

en cuanto a la tropa, 152 muertos y desaparecidos, más 446 heridos y 25 contusos².

La segunda etapa mala cara ofrecía: acampar en Xeruta, donde el grueso de la Legión se haría fuerte a fin de que la caballería e infantería de Regulares superasen los Pasos de Hámara, donde había un puente sobre el Mitzal y dos blocaos vigilantes de tal cruce.

JEFE MUERTO, TIEMPO EN CONTRA, TROPAS SIN FE, ENEMIGO ENCIMA, JINETES EN GUARDIA

De Xeruta a Hámara, la distancia es poca (5 km); el peligro enorme por la traición descubierta: las tropas que guarnecían los blocaos habían desertado. Todo el circo de montañas que, hacia el norte, tapiaba el horizonte, es flanco cubierto por masas de nubes negras. Verlas aproximarse como rompientes oceánicas, estremece. Llueve desde el alba y ventea con violencia. Los soldados marchan «descubiertos» al salir volando sus chambergos; su uniforme es zurrada «bayeta» adosada a un cuerpo en tiritona y desconfianza. La tropa camina empapada de cansancio y angustia; la oficialidad, cabizbaja y meditabunda: del general Serrano nada se sabe. La retaguardia —cuatro mil hombres al salir de Xauen—, ha sufrido un 50% de bajas. Chascan disparos aquí y allá. Tableteo de ametralladoras sin respuesta propia. Mensajeros corren hacia atrás en busca de órdenes, porque refuerzos no hay. La vanguardia se desmorona.

Correos a caballo recorren la columna a la inversa. Cabalgan encelados: fusta en mano, faz desencajada, garganta abierta en aviso espeluznante por lo aumentativo: «Ehhhhhh...» Sus brazos parecen hélices. Al apartarse, los soldados chocan unos con otros y al suelo van. Ambos jinetes pasan como silbidos de proyectiles. El segundo arroja una cartera de cuero al sobrepasar una sección de Regulares. Entregada al mando, la novedad se expande. Algunos oficiales se llevan las manos a la cabeza. Otros se abrazan. Desesperación evidente o despedida ante la muerte presentida.



Coronel Serrano Orive tras ser distinguido con la Placa Orden de María Cristina. Falleció heroicamente durante la retirada de Cheruda a Hámara

Al general Serrano lo han matado. Su cadáver va camino de Tetuán en una ambulancia. El desconcierto inmoviliza la columna. Susurrante conclusión: *estamos perdidos*. Oficiales y soldados, envueltos en sus capotes y uniformes en jirones, soportan que la lluvia les azote. Agua del cielo y lágrimas de hombre. Se duda entre refugiarse en el llanto o acabar de una vez y pegarse un tiro.

El general Julián Serrano Orive, madrileño de 57 años, nunca estaba conforme con una situación táctica «heredada». Aquel 19 de noviembre, seguido de su ayudante, el comandante Peña, sin más escolta que su intuición, adelantó su montura hasta el borde de un espolón rocoso. Pese a la lluvia, perceptible era un mar

de enemistades: fugaces chilabas por entre los barrancos y oleaje de harcas a lo lejos. Absorbido por esas amenazas, descuidó una promiscua promiscua del terreno a su altura y por su diestra. Desde allí le llegaría la muerte. El tirador desechó apuntar a jinete tan grueso —Serrano pesaba noventa y cinco kg— y las miras de su fusil centró en la cabeza de aquel *kaid* (jefe) enemigo. Deslizó levemente el cañón hacia abajo para asegurar su disparo y apretó el gatillo. Aquella bala alcanzó a Serrano «en el arco sigomático derecho, saliéndole el proyectil por la región lateral izquierda del cuello, detrás del mastoide; por debajo de la oreja². Firmó este parte clínico, en el Hospital Militar de Tetuán, el teniente médico Antonio Peñaramaría y Flórez. La trayectoria

prueba que el tirador se hallaba en un plano perpendicular con respecto a su víctima. El proyectil impactó a la altura del *atlas* (gran base del occipital). En su recorrido, dislocó la primera vértebra cervical e incidió sobre la médula espinal. Muerte instantánea. Hicieron falta ocho legionarios para levantar a Serrano e impedir que su cuerpo se les deslizase torrenceras abajo por lo resbaladizo del terreno.

En la prensa se presentó una versión falsa por remilgada manía *circunstancialista*: «Hemos tenido la desgracia de que un disparo suelto (¡!) hiriese (sic) al general Serrano, ocasionándole la muerte». Para el pudor dictatorial, mejor aparentar que al carismático jefe lo habían matado *por casualidad*. No satisfecha con tal apaño, la censura primorriverista se inventó informe clínico a su gusto. «La bala, en su trayectoria de abajo arriba (¡!) entró por el cuello, saliendo por encima (¡!) del parietal izquierdo»³. El cretino de turno no se dio cuenta que al difunto lo reingresaba en su extinguida vida, pues si aquel tiro salió «por encima» del parietal, a Serrano Orive le rozó el pelo y tupido lo tenía.

En Hámara no hay noticias del coronel Agustín Gómez Morato, tercer jefe al mando en hora y media⁴. Las tropas pasan. Andan como autómatas; vacías por dentro —un día sin probar alimento— y sin fe: entrar en Tetuán es deseo, no juramento. Y así llegan al puente, crispadas y en desorden. Cuatro jinetes montan guardia. Tres ambulancias reclaman paso. Nada más sobrepasar la columna, atraen una ventolera de tiros, que impactan en sus carrocerías y motores. Saltan cristales y esquirlas de metal. Se oyen gritos y súplicas. Los heridos temen ser rematados. Un camión autometra-llador inicia temeraria maniobra de adelantamiento. Un jinete se planta en medio y bloquea su avance. Tres más se alinean a su izquierda y derecha. La patrulla montada que guarnecía el puente. El blindado frena y la columna se detiene. No cuenta el número, importa la actitud del grupo. Su lenguaje postural, su resolución, su forma de mirar, previenen a las tropas: *de aquí no*



Brigada laureado de Ingenieros Juan José García Marcos, jefe del camión blindado nº 6

se pasa; aquí se lucha y se muere; y si se puede, que en verdad se puede, se gana. Nadie ha oído palabra; pero todos han entendido el aviso: la retirada concluye en este puente y ahora mismo.

Esos protagonistas eran: teniente coronel Claudio Temprano Domingo, nacido en La Habana, 44 años, jefe de los Regulares de Alhucemas; su ayudante, capitán Mohammed Ben Mizzian Bel Kassem, de la tribu de Mazuza (sureste de Melilla), de cuyo jefe, *Mizzian el Bueno*, es su primogénito, 27 años; sargento Mohammed Hebi Haddú y cabo ordenanza Al-Lal, apodado «Quince». Más el causante del veto:

sargento de Ingenieros Juan José García Marcos, de 25, nacido en Marchena (Murcia), jefe del camión blindado nº 6.

«Nadie ha oído palabra; pero todos han entendido el aviso: la retirada concluye en este puente y ahora mismo»

JUICIO SUMARÍSIMO «SOBRE LA MARCHA» Y ABSOLUCIÓN: LOS HERIDOS TIENEN DEFENSOR

Temprano inquiriere de García Marcos cuáles son «sus motivos» para adelantarse a tropas y ambulancias. La respuesta suena como *preparada*: «Tengo órdenes de proteger la vanguardia con mis ametralladoras». Temprano endurece su interrogatorio: «¿De quién son esas órdenes?». «Del comandante don Pedro Rodríguez»⁵. «¿Las lleva usted por escrito?». «No mi teniente coronel, fueron de palabra». Temprano insiste: «¿Tiene testigos de lo que dice, sargento?». «Sí, mi teniente coronel, la Plana Mayor del coronel Gómez Morato». No poca verdad percibió Temprano en la expresión del acosado sargento para, tras mirarle fijamente, dar por finalizado su encausamiento al indicarle, tajante: *Demuéstreme que sus órdenes son auténticas; le hago responsable de la defensa de esas ambulancias*. El rostro de García Marcos debió iluminarse como reo de muerte indultado al pie del patíbulo. El tableteo de su pareja de ametralladoras Hotchkiss se impuso sobre el persistente *paqueo*. Ráfaga tras ráfaga, hicieron callar a tiradores y ametralladores enemigos. La columna reemprende su marcha. Su aspecto es otro: el paso es largo y rítmico, incluso vivaz. Las frentes van rectas; las miradas arriba. El ejército que se sentía morir apuesta por la vida. Y la lucha que conlleva.

El jefe de los Regulares de Alhucemas atrapa al vuelo tan radical cambio y ordena «descanso a discreción» para hombres y caballerías. Además, resuelve un asunto vital: «Preparen rancho con lo que haya». Lluve poco y el viento amaina. La niebla irrumpe. En dos minutos, la columna se desvanece ante los vigías gomaríes. Una hora de tranquilidad, aderezada con *rancho pobre* —pan duro, productos de huerta robados por el camino, aceite y vinagre— resucitarán a la tropa. A Temprano le preocupa cuánto aguantará la Legión en Xeruta, sola allí. Y envía un segundo mensajero. El primero no ha vuelto.

CABALLO DE GUERRA CON ESTRELLAS DE CAPITÁN, SIN SELLO ALGUNO EN EL CIELO ENTRÓ

En la Legión, los referentes a seguir son sus oficiales y suboficiales. El jefe cuenta, pero en este caso (Franco) nada importó al no ser *hombre-ejemplo* como lo fue Valenzuela y en su día lo serán Rodrigo y Yagüe. Arredondo sí era militar todo un ejemplo y no por la Laureada que obtuvo en los campos de Laucién en 1913, sino por esa *laureada de todos los días*, que se ganaba por soportar el dolor de sus heridas a raíz de los tiros que destrozaran sus piernas en la toma (21 junio 1921) de «Muñoz Crespo»⁶, asalto donde encajó dos balas: «una en el muslo izquierdo, donde quedó alojada presionando el nervio ciático, englobado en el tejido cicatricial»; otra en la pierna derecha, «que le fracturó el peroné, con lesión ramificada hacia el nervio ciático poplíteo externo (bajo la rodilla), causa de una parálisis de los músculos extensores del pie, obligándole a sostenerse en posición de pie equino» (perialzado sobre el tacón). Arredondo, siendo humano, se convirtió en *caballo de guerra*.

Un dispositivo ortopédico, que debía «cambiarse con frecuencia»⁷, le permitía andar... a tirones. Arredondo era un inválido. No renunció al servicio activo. La mitad de su paga —600 ptas. al mes— se le iba en ortopedias, consultas clínicas y medicinas. En marzo de 1924 solicitó un aumento de su pensión (1.500 ptas. al año). Un jefe de Sanidad, el teniente coronel Francisco Maranges del Valle, destinado en el ministerio de la Guerra, estimó que su petición era razonable... a falta del preceptivo sello para cursarla. A un laureado con tres tiros auestas, uno en su ingle izquierda, que no le sacó las tripas fuera en Laucién por milagro cierto, le anunciaron condena no recurrible: *Sin sello, no vale nada*. Cuando la España oficial no ejerce de madrastra, la individual toma el mando y supera al modelo.

Xeruta, primera hora de la tarde. Cinco banderas del Tercio escalonan sus mermados bloques. De las

A un laureado con tres tiros auestas, uno en su ingle izquierda, que no le sacó las tripas fuera en Laucién por milagro cierto, le anunciaron condena no recurrible: *Sin sello, no vale nada*. Cuando la España oficial no ejerce de madrastra, la individual toma el mando y supera al modelo

montañas descende un ejército de mil doscientos guerreros. Su masa hace de artillería. Xeruta no será otro Rocroi, pero los efectos de sus impactos semejanza guardan: primera y segunda filas tronchadas y muertas; tercera y cuarta puntilleadas de cojos y mancos; las del final, menos acribilladas, aportan cajas de munición y granadas de mano; hacen de camilleros y enfermeros; suplen a capellanes al prometer encargos a la familia del agonizante. Los batallones legionarios no ceden. Los jefes de la harca deducen: *habrá que matarlos a todos*. Y sus fuerzas dirigen contra la Primera Bandera. Quinientos harqueños embisten su flanco derecho. Arredondo les rechaza. Balazo en una pierna. Cae al suelo y se opone a ser evacuado.



Capitán Arredondo (cuarto por la derecha), con once de sus oficiales. Primera Bandera, Tetuán, 1924. Archivo Gárate

Sabe del peligro: si la compañía de ametralladoras fuese copada, perdería sus máquinas y degollina habría. Le aciertan otra vez. Impacto en la cabeza o el pecho. Sin un lamento, Arredondo expira. Su cadáver desaparece rápidamente. Todo indica que legionarios de otra bandera enterraron, de forma somera, su cuerpo. Mucho representaba Arrendondo para dejárselo al enemigo.

Arredondo, *capitán equino*, luchó y murió pie a tierra, pero desde su morir por España, sin sello alguno al Cielo fue. Y como en ámbito tan diáfano el burocratismo filatélico despacho no tenía, la puerta estaba abierta y entró. Allí habita su alma, que representa a los heroicos sobrevivientes del oficinismo ibérico todavía imperante.

FRANCO: EL QUE «NO SABE DETALLE» DE ARRENDONDO Y ESPALDA DIESE A LÓPEZ HIDALGO

Un jefe (teniente coronel Valcárcel) y ocho oficiales —capitanes Folgado, Jiménez y Tejeiro; tenientes Barcon Azcárraga, Fernández de Córdoba, Heredia Peñaronda y Ruiz—, en el juicio para decidir si Arredondo merecía otra Laureada, declararon a su favor. Con sus testimonios se reconstruye lo sucedido: «Arredondo fue felicitado por sus jefes y compañeros sobre el campo de batalla» (capitán Pedro Peñarredonda), escena transitoria en la pugna por Xeruta, que derivaría en hecatombe: «De su bandera solo quedaron restos de la sección del teniente Trujillo; hasta los enlaces, ordenanzas y señaleros sucumbieron» (capitán Gerardo

Folgado); «Intentaron retirar su cuerpo cuatro de sus legionarios, pero murieron todos» (teniente Carlos Fernández de Córdoba). Faltaba que testificase el jefe del Tercio, coronel Francisco Franco, quien probó su torpeza lingüística y sostuvo desaires del siguiente porte: «Que no asistió al repliegue de referencia (!); que solo sabe que el mencionado capitán fue dado por desaparecido ese día (!); que de su actuación no conoce detalle de nada (!); pero debido a tratarse (sic) de un capitán valeroso y acreditado le cree de temple sobrado para ganarse (!) la Cruz Laureada de San Fernando». Como si fuese la primera.

La «declaración» de Franco enfurece por lo indigno, ruin, sibilino y tortuoso. Franco estaba obsesionado por formar parte de la Orden de Caballe-

ros Laureados. Que Arredondo recibiese otra Laureada, le desquiciaba. Descubría uno de sus lados oscuros y unos cuantos atesoró en sus treinta y nueve años de férreo caudillaje. Franco insistió en «no saber nada» de sus mejores oficiales: tampoco quiso testificar a favor del alférez Manuel López Hidalgo, pacense de 22 años, muerto en la reconquista de *Loma Blanca* (al Norte de Hámara). Al frente de veinte legionarios, a bayoneta calada cargaron pendiente arriba y recuperaron la posición. La mitad de su sección causó baja y él encajó tres tiros: uno de carácter leve; otro grave que le destrozó «un fémur» (sin especificar cuál), derribándole en área batida, de la que le sacaron sus leales; pero al levantar su cuerpo un tercer disparo desgarró su vientre, «causándole la muerte». Franco, recurrente ignominioso, su pequeñez moral incidía sobre otra familia doliente. Sin embargo, el Consejo de Guerra y Marina, reglamento en mano, no lo consintió. Arredondo y López Hidalgo fueron

honrados, a título póstumo, con sus merecidas Laureadas. Concedidas el mismo mes del mismo año: Arredondo (11.01.1929); López Hidalgo doce días después (23.01.1929).

«Arredondo y López Hidalgo fueron honrados, a título póstumo, con sus merecidas Laureadas»

«EL MOMENTO DE HÁMARA»: LA CABALLERÍA CARGA CONTRA LO IMPOSIBLE Y LO ATRAVIESA

La columna se ha rehecho. Descansar y comer algo transforman

a la gente; que pasa de ser «tropa perdida» a sentirse «ejército». Temprano ordena a sus Regulares que tomen la coronación del barranco que, por la derecha, sobrevuela los pasos de Hámara. Reúne fuerzas de infantería y se las lleva consigo para ocupar «Loma Artillera», a su izquierda. Es la una y media de la tarde. Temprano hace gestos para que se le acerquen sus hombres. Sus argumentos convencen: no es posible avanzar con el enemigo tan encima. Nos envolvería y fusilaría. Sus instrucciones les dejan atónitos: «Debemos expulsarlos del Mitzal. Caeremos sobre ellos por sorpresa. Revisen sus armas y monturas». Antes de que el susto prevalezca, Temprano advierte: *No quiero voluntarios; quiero que me sigan*. El teniente Mariano Bardaxí, toledano de 23 años, no olvidará esta escena⁹. A un jefe de tal categoría se le abandona por demente o se va tras él hasta el fin del mundo, que es locura muy castrense. Los convencidos paso al frente dieron:



A un jefe de tal categoría se le abandona por demente o se va tras él hasta el fin del mundo, que es locura muy castrense

primero cincuenta; luego treinta; otros veinte y poco más. Los escuadrones en cuadro están. Son de Alhucemas 5 y Ceuta 3, cuyo 2º escuadrón, al mando del tte. Mariano Lafita Jacebec, soriano de 29 años, constituirá el núcleo de la carga. Un puñado de jinetes del Regimiento Vitoria 28 anexan su fe y coraje.

La llamada de Temprano es su ético retrato: vuelve a ser el primero en poner su vida por delante. Lo hizo en Tifaruit y paseillo repite. Este es *El Momento de Hámara*, que así denominamos al ser uno de los más grandes de nuestra historia militar. La carga que propone cabalgará a través de sinuoso hipódromo de muerte: 700 metros de curvas abiertas y rectas cortas, desnudas ante las miras fusileras de los rebeldes. Inesperado voluntario pide un sitio donde morir: teniente Pablo Díaz Doñabeitia, 23 años. Doñabeitia ha entregado a Temprano, quince minutos antes, órdenes de Gómez Morato en las que le exigía «extremar la resistencia». El talante de sus compañeros le transfiere furia y optimismo. Los así decididos, repasan armas y cargadores, aprietan cinchas, encorajinados montan y en aguardo de la orden de Temprano acarician el cuello de sus monturas y se persignan según temperamentos: faz abajo, cara al cielo; manos juntas o puño en boca. Y de repente oyen: «¡Síganme, al trote largo!».

La columna montada devora el terreno: galopa más que trota. Tres aliados a su lado cabalgan: lluvia mansa, niebla prieta, viento echado. Superada la mitad del recorrido, llega la orden que al corazón pone en la boca, al estómago encoge y a los pulmones deja sin aire: «¡Atención, Listos... Carguen!».

Lanzada la carga, se percibe la succión de los ausentes: las dos primeras hileras adelantadas galopan. La infantería les ve desaparecer como tripulación de buque a pique, sumergida por ola monstruosa. En Hámara, la tropa tiende el oído y escucha «un tiroteo vivísimo». La pelea se corona de alaridos, siluetas a caballo se encabritan y desploman en lo confuso, fosa que todo se lo traga: ayes y relinchos; cuerpos y vidas; muertas y vítores. La fusilería guarda silencio. Las ametralladoras hacen rato que han callado. Se oyen tiros espaciados, de los que buscan espaldas o nucas de los heridos que reptan por el suelo para rematarlos.

Vuelve la carga. No son tan pocos como cabía esperar. A duras penas atinan con el recodo de la pista donde iniciaron su cabalgada. Allí caen como sacos, rendidos de cansancio. Otra tanda de jinetes resurrectos se les une. Cuentan lances increíbles. A las harcas han empujado más allá del Mitzal. El que no ha huido a tiempo, bajo sus cascos y puños ha perecido. Llegan los últimos: dos jinetes en un caballo a los que persigue otro. Los alcanza y de su montura salta. Es el oficial ayudante de los Regulares de Alhucemas. Mizzian corre hacia el otro caballo, donde al primer jinete, el segundo le sostiene por el pecho. Juntos lo desensillan. Al cambiarle de postura, la cabeza cae hacia atrás y sus rasgos vuelca ante un círculo de asombros y duelos: frente despejada, pelo entrecano, nariz recta, bigote afeitado en triángulo, barbilla en punta. Es el jefe de la carga. Su mirar yace fijo en lo vacío. Vuela hacia dimensiones inexploradas que solo él recorrerá. Sus pómulos hundidos definen el cráneo esquelético, que ha iniciado su consunción hasta quedar en estricta calavera. Su faz, cerúlea, muestra rictus de vida perdida pese a lo bien ganada en su último día de fuego. El teniente coronel Temprano ha vuelto con los suyos. Frío y yerto. Vencedor de lo impensable, vencedor de Hámara, pero muerto.

«El teniente coronel Temprano ha vuelto con los suyos. Frío y yerto. Vencedor de lo impensable, vencedor de Hámara, pero muerto»

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

1. García Figueras, T. y Hernández de Herrera, C.: *La Acción Española en Marruecos*, 1929, pág. 501.
2. Archivos del H. Militar de Tetuán, depositados en el H. Militar de Ceuta.
3. ABC, edición del 25 de noviembre de 1924.
4. Al fallecer Serrano Orive, el general (F.) Berenguer tomó el mando. Un disparo atravesó la carrocería del Ford donde viajaba, impactándole en un muslo; herida con gran pérdida de sangre, que obligó a evacuarle. El coronel Agustín Gómez Morato fue su relevo.
5. Pedro Rodríguez y Rodríguez, 44 años, comandante del Regimiento España 46.
6. En homenaje al alférez Juan Muñoz Crespo, 23 años, fallecido en su conquista.
7. AGMS. Expte. A-2466, comandante Pablo Arredondo Acuña. Los daños sensoriales y traumatológicos de sus heridas figuran en las Actas del Tribunal Militar con fechas 5 de abril y 15 de diciembre 1923.
8. AGMS. Resumen del juicio contradictorio (el segundo), de Arredondo, pág. 2.
9. AGMS. Expte. T.135. Juicio contradictorio para la concesión de la Laureada de San Fernando al tte coronel Claudio Temprano. Conversaciones con el comandante D. Pedro Ruiz Valle, en el antiguo SHM, Madrid, 1987-88. Ruiz Valle recordaba tal frase como proveniente del teniente general Mohammed Mizzian. ■